

LA CAMPANA

Montevideo Jueves 16 de Mayo de 1878

DIRECTOR — LUIS REVUELTA

Año I — Núm. 50

DIARIO DE LA TARDE

ALMANAQUE

VIERNES 17— Santos Pascual Bailón y Bruno.

CONDICIONES

Este diario se publica por la imprenta calle Mercedes número 172.

Subscription mensual, 1 peso (Papelera adelantada)

AVISOS Y SOLICITADAS

Se reciben hasta las 2 de la tarde en la oficina de Redacción calle 25 de Mayo, núm. 110 y pasada esa hora en esta imprenta.

LA CAMPANA

MONTEVIDEO, MAYO 16 DE 1878

SIEMPRE COMO SIEMPRE

Mientras nada hacemos por mejorar las condiciones de nuestra riqueza ganadera—riqueza aun no explotada en todos y cada uno de sus ramos, le dedicamos a la agricultura, con verdadero entusiasmo, afanes y deseos, que hoy por hoy, a nuestro juicio, no han de darnos el resultado que nos proponemos.

Es el proceder de siempre—abandonar lo que tenemos—lo que tanto nos ha dado y nos da—lo que tanto nos promete y nos garantiza, para ir en busca de lo que otros tienen sin tener en cuenta las condiciones en que se hallan, y las modificaciones por que han tenido que pasar para llegar a ellas.

No censuramos el que la agricultura entre en nuestro plan de vida, y que a su fomento, se le dediquen atenciones y cuidados—lo que reprobamos es, que se o de ella nos ocupemos, abandonando intereses que están llamados a constituir, quizá siempre, nuestro principal emporio de riqueza.

La agricultura tiene tal cantidad de pueblos productores, que muchos de ellos sufren, como acaba de pasarle a Chile, peores de ella, y piden con interés, de exámenes y series, a haber sacado en sus filas, otro género de vida, para la que se prestaban sus tierras, sus inclinaciones y sus dominios.

Especialmente en nuestra América, la agricultura tiene una esfera reducida—la del comercio—para el cual, casi no hay país que no produzca en lo bastante a llenar sus necesidades.

Todo lo contrario de lo que con la agricultura, sucede con la ganadería.

Los pueblos que a ella se dedican, no carecen de mercados, y una prueba palpante es el nuestro.

Sin haberle dado esta producción su verdadera importancia—sin haber razonado sus frutos, no ha careo de nunca de demanda nuestra exportación, y si hubiésemos llamado a la industria en su auxilio, y al cual dadas su protección, seríamos a la fecha, verdaderamente ricos.

No hay al respecto, en nuestros países, las razones de competencia, tratándose de la ganadería, que existen respecto de la agricultura.

Ya por la especialidad de nuestro suelo para la cría de ganado, ya por la manera con que los cuidamos, en lo cual entra en mucho la habilidad, su producto nos da, por los resultados—acrescentan el bienestar particular y crea la fortuna pública.

Y no se habla de lo que importan hoy el estado político y el agrícola en materia de civilización, porque la escuela establecida en otro tiempo a su respecto, no tiene aplicación en el siglo en que vivimos.

Nuestros pastos ganaderos, son más civilizados, sin admitir réplicas, que los labradores europeos. Esto, en términos generales.

Concedámoslos, pues, nuestras fuerzas, nuestra dedicación y nuestros cuidados, a los vendedores que tenemos; y las asociaciones creadas por el esfuerzo

particular o por la acción pública, para fomentar la vida rural, no olviden este punto objetivo, que ya es tiempo de no pagar tributo a los señores de la tierra, que constituyen en la generalidad, los primeros pasos que se dan fuera de la cristid.

Estas ligeras líneas nos las han sugerido la correspondencia del Sr. Toque publicamos en nuestro número del miércoles, próximo pasado.

Acusa esa correspondencia un estado tal de abandono, respecto de las necesidades que se alienan en nuestra campaña, tratándose de la cría de ganado, que no hemos podido dejarla pasar inapercibida, porque ello importaría a los propietarios de nuestra zona serios cargos y serias responsabilidades.

Quiera el Gobierno, la Asociación Rural y los que se preocupan de nuestra vida productora y productiva, tener en cuenta cuanto hemos dicho y cuanto la correspondencia a que nos referimos denuncia.

Ellos y nosotros, con una atención preferente sobre el particular, haremos campillo con nosotros.

LAS RESPONSABILIDADES EN LA PRENSA

Expropiado, por ser parte nuestro diario en el hecho que motivó la controversia sobre el particular entre algunos colegas, nos habíamos abstenido de emitir nuestra opinión, respecto de las responsabilidades en la prensa.

La responsabilidad es en este sentido, a nuestro juicio, la que ha dejado a flotas perfectamente, el Sr. don Melitón González en su carta de La Tribuna, y el señor Abistador en su revista de El Siglo.

Cuando se dio el incidente con La Nación, que ha provocado este cambio de opiniones y de líneas, no habíamos adivinado por causas que con el público, del frente de nuestra zona, por consecuencia, al recibo de la prensa, a la contestación.

Interrogando más tarde a nuestro cronista, sobre la actitud que había asumido en esa emergencia, la contestación nos fué satisfactoria.

La Nación, nos dijo que, no tiene para el público sino un propietario, y esto porque es de pública notoriedad, y a él devolvimos, haciéndolo en justicia responsable, la grosería que le dirigió nuestro diario.

Francamente lamentamos que el hecho se haya dado y desearíamos que él no se repitiera, ya no por otra cosa, que por los respetos que se debe entre sí la prensa periódica.

Solo hemos querido dar, con tal punto de de hecho traido a discusión.

VARIEDADES

Miramar y la ejecución de Maximiliano

(CONTINUACION)

El emperador y la emperatriz se detuvieron en Roma. Durante a corta estancia que hicieron en esta ciudad, se les presentaron una mañana aquellos célebres versos de los dignos, y pegados en una esquina:

Maximiliano non ti fidare
torna solletto a Miramar (1)

El viaje continuó por Gibraltar y la isla de Madeira. Maximiliano saludó con agrado esta última, que ya había visitado en 1832, de la que había hecho una brillante descripción. En el tomo 4 de sus memorias de viaje decía: entre mis recuerdos más agradables y salir de las costas una isla enmarcada por los rayos de un sol tropical, cantada por los poetas y por los viajeros. La mar estaba transparente y azul; el aire impregnado de perfumes embriagantes; en medio de los bosques de árboles, como bastantes de tintes de colores.

(1) No te fie, Maximiliano, y vuelve a Miramar solletto. El trono de Maximiliano es copa de es. una. El tiempo pasado quien no recuerda bajo la púrpura había la curia.

anciano.—¿Qué bien yo para merecer tanta bondad? Muy buenos son ustedes y Dios se lo premiará.

—Si no se encuentra usted en disposición de hablar, si está recordando los son tan prontos, puede usted dejarlo para otro día, y de aquí que no omita ningún detalle de esta triste historia, por omnia vamus, no ha interesado, mejor dicho, ha interesado a los dos o poco que hemos podido resolver a hacer en su obsequio cuanto podamos.

—¿Pero castigará ustedes a ese hombre?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué lo castiga?

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

—¿Qué castiga a usted?—preguntó el mentado cuando así al marqués y a Federico.

no a los señores de la tierra, que constituyen en la generalidad, los primeros pasos que se dan fuera de la cristid.

Estas ligeras líneas nos las han sugerido la correspondencia del Sr. Toque publicamos en nuestro número del miércoles, próximo pasado.

Acusa esa correspondencia un estado tal de abandono, respecto de las necesidades que se alienan en nuestra campaña, tratándose de la cría de ganado, que no hemos podido dejarla pasar inapercibida, porque ello importaría a los propietarios de nuestra zona serios cargos y serias responsabilidades.

Quiera el Gobierno, la Asociación Rural y los que se preocupan de nuestra vida productora y productiva, tener en cuenta cuanto hemos dicho y cuanto la correspondencia a que nos referimos denuncia.

Ellos y nosotros, con una atención preferente sobre el particular, haremos campillo con nosotros.

El emperador y la emperatriz esperaban encontrar una recepción festiva, pero nada había sido preparado, ni siquiera una recepción oficial. La fragata francesa *Thémis* había, sin embargo, tomado la delantera para anunciar la llegada de S. M.

La villa tenía su aspecto ordinario. Grande fue la destitución, sin embargo, el contralmirante Bove procuró remediar lo sucedido: dio órdenes para la organización de una fiesta; pero, fue inútil ver en la indolencia de los indígenas que eran completamente ajenos a la manifestación.

Estos eran sus ardientes marujos que habían venido con tanto alboroto, como las ranas de la lluvia, que no.

Maximiliano se preguntaba a sí mismo si no le habían engañado, si todos los relatos que le habían hecho no habían sido otras falsedades; pero ocho días después, cuando se puso en marcha para la capital, el recibimiento era más cordial a medida que penetraba en el país, y esto le dio valor. En Luján, a 80 kilómetros de Buenos Aires, la recepción fue ya entusiasta.

La administración francesa no había hecho en ninguna parte el menor preparativo; la comitiva imperial tenía necesidad de dormir en las casas de los habitantes. Desde Luján a La Plata, Maximiliano continuó su viaje en una mala cisterna, infestada de moscas que este viaje tenía más bien el aspecto de una expedición de aculturados que de la llegada de un emperador.

Después de haber atravesado Orizaba y Puebla, el emperador entró el 12 de junio en México donde le esperaba una recepción festiva, que le disgustó. En la representación de gala que tuvo lugar aquella noche, la mayor parte de los músicos estaban vacuos cuando entraron en escena sus Majestades. La resaca de los vieneses afectó al palacio de Chapultepec, que se les había destinado, creyendo que el emperador se quedaría en un hotel de segunda clase que se parecía más bien a un hotel de primera.

El primer pensamiento de Maximiliano fue el de escapar el país, y para conseguir este objeto creyó que el medio más pronto era el de ganar a Juárez a su causa. Levantó la intención de nombrar a presidente del Consejo de Estado, y le propuso con tal motivo una entrevista, garantizando la libertad de su persona; pero el antiguo presidente de la República Mexicana rechazó con altaner a sus ofrecimientos.

No por esto dejó Maximiliano de procurar una amnistía completa y entera para todos los criminales políticos, esperando más de la dulzura que de la fuerza. Bismarck opinaba de distinto modo, y desde el principio se relacionó entre el emperador y el general fueron difíciles. Bismarck continuaba hostil y Maximiliano no cesaba de insistir.

Para conocer las aspiraciones y necesidades de su nuevo imperio, acudieron al emperador dos representantes de la prensa, de los que se esperaba que le darían una idea de lo que ocurría en el país, y a través de ellos se enteró de lo que ocurría en el país, y a través de ellos se enteró de lo que ocurría en el país.

Después de una recepción de generosa, su desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

emperatriz no ha podido encontrar dos relojes que se habían retirado entre sus damas de honor. Lopez, que era comandante entonces del castillo de Chapultepec, queriendo dar a Maximiliano una prueba de la hospitalidad mexicana, le ofreció un reloj de oro de su mesa de despacho, en minutos de dos horas, sin que se notara, el objeto que se le dio. Lopez apostaba a hacer despreciar la mesa mexicana, y estos juegos divertían mucho a Maximiliano.

De vuelta a su capital, y después de mil pelis, el emperador decretó la construcción de varias carreteras, otorgó concesiones de ferrocarriles, creó numerosas escuelas y fundó una academia mexicana de ciencias y bellas artes. Tenía un gusto tan pronunciado hacia las ciencias, que se acaban de encargarle dos enteros para descansar pijeros.

También se ocupó en mejorar la agricultura y trató de su mano el pan de una gran población industrial y comercial que quería edificar sobre el golfo de México, y a la que había dado el nombre de Miramar. Todo en su mano era un colapso de Miramar. Todo en su mano era un colapso de Miramar. Todo en su mano era un colapso de Miramar.

Maximiliano se preguntaba a sí mismo si no le habían engañado, si todos los relatos que le habían hecho no habían sido otras falsedades; pero ocho días después, cuando se puso en marcha para la capital, el recibimiento era más cordial a medida que penetraba en el país, y esto le dio valor. En Luján, a 80 kilómetros de Buenos Aires, la recepción fue ya entusiasta.

La administración francesa no había hecho en ninguna parte el menor preparativo; la comitiva imperial tenía necesidad de dormir en las casas de los habitantes. Desde Luján a La Plata, Maximiliano continuó su viaje en una mala cisterna, infestada de moscas que este viaje tenía más bien el aspecto de una expedición de aculturados que de la llegada de un emperador.

Después de haber atravesado Orizaba y Puebla, el emperador entró el 12 de junio en México donde le esperaba una recepción festiva, que le disgustó. En la representación de gala que tuvo lugar aquella noche, la mayor parte de los músicos estaban vacuos cuando entraron en escena sus Majestades. La resaca de los vieneses afectó al palacio de Chapultepec, que se les había destinado, creyendo que el emperador se quedaría en un hotel de segunda clase que se parecía más bien a un hotel de primera.

El primer pensamiento de Maximiliano fue el de escapar el país, y para conseguir este objeto creyó que el medio más pronto era el de ganar a Juárez a su causa. Levantó la intención de nombrar a presidente del Consejo de Estado, y le propuso con tal motivo una entrevista, garantizando la libertad de su persona; pero el antiguo presidente de la República Mexicana rechazó con altaner a sus ofrecimientos.

No por esto dejó Maximiliano de procurar una amnistía completa y entera para todos los criminales políticos, esperando más de la dulzura que de la fuerza. Bismarck opinaba de distinto modo, y desde el principio se relacionó entre el emperador y el general fueron difíciles. Bismarck continuaba hostil y Maximiliano no cesaba de insistir.

Para conocer las aspiraciones y necesidades de su nuevo imperio, acudieron al emperador dos representantes de la prensa, de los que se esperaba que le darían una idea de lo que ocurría en el país, y a través de ellos se enteró de lo que ocurría en el país, y a través de ellos se enteró de lo que ocurría en el país.

Después de una recepción de generosa, su desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

que se desdén, disminuido en oro y plata de metal que había dejado sobre su mesa, desapareció, y a

quería envenenar, no quería ni beber ni comer, y so a alimentaba de fruta.

Estando con Pío IX, cuando Sa Santidad almorzaraba, le arrebató la pieza de chocolate de sus manos, y lo bebió diciendo: «Seguro estoy que esto no está envenenado».

Quiso comer con el Papa y pasar la noche en el Vaticano, temiendo que tratasen de envenenarlo en un hotel. Fue necesario dejarlo dormir en un cuarto próximo al de Pío IX, que se encerró; lo mismo hizo ella por su lado, con una de sus damas de honor. Al fin pudieron lograr que se marchase a Miramar, en donde su estado mejoró a medida que se ocupó de nuevo de la música, de pintura y de lectura. Los pueblos lloraron con sus tendencias supersticiosas, la consideraban como una santa.

La situación de México había empeorado durante ese tiempo. Bismarck había abandonado a Maximiliano a su estrella, y primero que dejar sus escuadras y sus municiones el mariscal los había hecho arrojar en la acequia y en el lago de Texcoco. Se ha llegado hasta suponer que Bismarck había propuesto a los juristas entregar el emperador mediante la suma de 500,000 dólares. Pero era Lopez, paciente de Bismarck por su mujer y su gozoso íntimo de Maximiliano, quien debía hacer este negocio.

El gobierno francés en esta época, trató repentinamente de hacer que el emperador abdicara. «No me haga ilusiones acerca de las dificultades que me rodean», respondió; pero si se me impone no almorzaré ni beberé; a la hora del peligro no abdicaré; no abandono su puesto».

Sin embargo, Maximiliano que acababa de recibir la noticia de la cruel enfermedad de su mujer, hizo la intención de quedarse más tiempo en México: «Quiero que sea a salvar a mi digna esposa, volver a Europa emperador, y no como fugitivo, y dejar la corona por su propia voluntad. Con este objeto se puso en camino para Orizaba en donde se esperaba la corbeta *Lando*; pero los generales que tenía a su lado le hicieron volver atrás, prometiendo hacerle volver y dinero. Maximiliano entró en México, declarando que no quedaba más que por el bien del pueblo, y que no estaba ligado por intereses personales, ni por intereses políticos.

La marcha de las tropas francesas dejaba el campo libre a los juristas. Guitarras rápidamente el tiempo perdido y se prepararon a poner el sitio de ante de la capital.

«Quiero evitar este disgusto a la población», dijo el emperador, que en medio de sus decepciones había encontrado toda su bondad natural, y se retiró a Querétaro, donde, los generales Miramón, Múzquiz, Cuatrecasas, y el príncipe Solís-Salm habían reunido un pequeño ejército de ocho mil hombres.

Maximiliano demostró durante los sesenta días que duró el sitio de la plaza, una grandeza y una sencillez heroicas; compartió las fatigas y las privaciones de los simples soldados; se mantenía, como ellos, de carne de mula, mientras sus oficiales no se olvidaban de las delicias de una abundante mesa. Se exponía más que ninguno de los suyos, y se pasaba sobre los bastiones como sobre a tierra de su castillo. Una sola vez sus ojos se miraron con emoción cinco cadáveres que se balanceaban en las cañas de los árboles: eran sus correos, que los juristas habían cogido y colgado bajo los muros de la villa.

Nada le era más fácil que abrirse paso con su caballería; pero no quiso abandonar sus soldados. Bismarck siempre el capitán. «Quiero, decía, morir combatiendo».

Todos los días hacían prisioneros. Cuando le hablaban de la necesidad de abandonar a los que se creían e-ple, se contentaba con responder: «To nada de ejecución; si todo para felizmente, tanto mejor; si bromos de sucumbir, no que tener sangre sobre mi conciencia».

Los víveres entraban a punto de faltar; era necesario rendirse o hacer una salida.

El 14 de Mayo por la noche, los 7,000 hombres que quedaban debían arrojar a través de las líneas enemigas, en dirección de Vera Cruz. Por una singular coincidencia, el general jurista Es-

—«Eo no tiene nada de extraño; las setas es manjar muy indigesto y en ciertas edades son muy peligrosas».

—«Es verdad, y yo les juro a ustedes que no se me ocurrió sospechar nada hasta que al cabo de quince días tuve ocasión de oír unas palabras que cruzaron los oídos, y que por los acontecimientos que siguieron después me hicieron caer en la cuenta».

—«¿Qué palabras fueron?»

—«Yo no puedo decir más que esto. Se conoce que hablaban el conde de Latour y don Eugenio del primer viaje a España y de los beneficios que cada uno de ellos habían obtenido, diciendo el conde: Carlos es, bien tiene la mejor de la herencia».

—«Yo lo creo», contestaba don Eugenio, pero todo eso puede venir fácilmente a nuestras manos».

—«Comprendo; algún otro plato de setas».—«O de otra cosa».—«Pero es que algo queda adentro», decía el conde.—«Quítale la cabeza primero, que los pies ya carecen más tarde».—«Por el momento no puedo comprender el verdadero sentido de estas palabras de don Eugenio, pero ocho días después, entró en casa un personaje extraño que vivía en un pueblo cercano a París, y permaneció bastante tiempo en el cuarto de don Eugenio».

Yo precisamente le introduje y no pude menos de sentir algo de repugnancia al ver su aspecto. Él se preció de haberse envenenado y cuando Mr. Guizot le dijo que el conde de Latour, le ofreció: «Cada día me da una dosis de setas, y yo me siento mejor».

—«Gracias, señores», exclamó con efusión el

FOLLETIN

50

MUJERES DE CORAZON

NOVELA DE COSTUMBRES

ESCRITA POR

D. ALVARO CARRILLO

—¿Y señorito, todo cuanto le diga es poco, vuelvo a repetirle; es hombre principal engañado a mi señor y después le asesina».

—¿Es posible?

—Es verdad.

—Háble usted, habla usted, que preveo vamos a saber cosas curiosas respecto al opulento banquero».

—¿Con qué tan rico está?

—Ya lo creo, es uno de los capitalistas más fuertes de Madrid.

—Bien poco le ha costado ganar el dinero. Todo el día ha conseguido a fuerza de crímenes. Cada vez que lo recuerdo no puedo usted imaginarme lo que sufrió; se ha tan tan presentes en mi imaginación algunas escenas, que no puedo menos de exaltarme al recordarlas.

—Vaya, vaya, estimase usted; fíjese que con nosotros ha encontrado unos protectores; y desde hoy puede contar al abito de la misericordia».

—Gracias, señores», exclamó con efusión el

